

La poesía de Elsa Cross

Éxtasis, disolución

Ernesto de la Peña

El cántico amoroso occidental suele ser egoísta, centrípeto, avaricioso: ¡que nada aleje de mí la certidumbre de la presencia del ser amado!, ¡que nadie se interponga entre nosotros, deseosos de los cuerpos!, que siempre crezca el gozo, y yo en él, Narciso vuelto hacia afuera, hacia el eco en que me oigo y me deleito!

Acostumbra, también, exigir correspondencia: ímpetu especular, desatentadamente se busca en la respuesta para gozarse en sí al disfrutarse en el otro, el que mira a través del reflejo, el que lo complementa al darle apoyo, punto de referencia, báculo de sostén, seguridad de trascendencia...

A veces, mitigan la ansiedad amorosa, la prisa de la búsqueda y la zozobra de no encontrar al ser amado, las esperanzas de la conjunción, de lo que los místicos llaman fruición, goce unitivo, espiral en que asciende, transubstanciándose, hasta el origen erótico supremo, donde se reencuentra, ya transfigurado, en la imagen de Dios, que, para el amante, para el enamorado occidental, es la expresión absoluta, trascendida, del yo que ama.

El ascenso de la voluntad amorosa, la conversión del que ama en el objeto amado es, cuando el correlato es Dios, el supremo instante del reflejo, el éxtasis de la propia presencia en el amado, la anagnórisis, el reconocimiento cabal, el más ambicioso:

*Dentro da sè, del suo colore stesso,
mi parve pinta della nostra effige,
perchè il mio viso in lei tutto era messo*

dice Dante en la visión de la Trinidad.

O San Juan de la Cruz que habla de la transformación, la mutación amorosa, erótica, de la amada (el alma, la Iglesia), en el Amado, Cristo:

*¡Oh noche que juntaste Amado con amada,
Amada en el Amado transformada!*

Creo ver en esos momentos excepcionales de la poesía amorosa de nuestra cultura la última y más sutil consecuencia de la corporeidad helena, que se impuso, pese a todo, sobre la otredad absoluta del Dios de Israel.

Elsa Cross dejó, creo que desde el origen de su labor poética, este paisaje espiritual, esta zona temblorosa en que la duda acecha siempre al enamorado, al que anhela, al que, como dirían los existencialistas, se proyecta hacia adelante porque más allá de él está el objeto del deseo.

Le compete otra visión, la nutren otras remotas inquietudes. Quiero suponer que al emprender la ruta hacia la India, Elsa Cross estaba soltando para siempre las amarras de este mundo, hecho del reflejo y la correspondencia. Y si no fue así, el resultado la condujo, en el mismo proceso de la búsqueda, a una ribera muy lejana, donde no existen las resonancias de ningún egoísmo, donde ha perdido el filo la urgencia y está mellado el prurito del triunfo, concebido a nuestro modo.

Por eso, sus poemas parten de otro universo, un ámbito en que lo emotivo, si es que se puede hablar en estos términos, se resuelve en un encuentro perpetuo, en la satisfacción continua de la identidad. Pero no es la identidad, primaria, maravillosa, que da la fusión de la carne. Tampoco la plenitud de la posesión... sino el equilibrio de ser, al mismo tiempo, lo que posee y lo que es poseído.

Me atrevería a decir que el mundo erótico, alta, profunda, gozosamente erótico del universo poético de Elsa Cross, está muy lejos de los campos en que sacian sus amores los amantes del *Cantar de los cantares*. El amor que persiguen Salomón y la Sulamita, si de ellos habla este poema sexual y refinado, es muy otro. Ellos se bus-

can y dan uno con la otra, se gozan, comparten el engaño de comprender mejor el mundo por el reflejo, por el placer y la emoción compartidos.

En la poesía de Elsa Cross, el amor superior está ya dado y es un amor que se origina en el dios destructor, cuya misión es, en algún caso, imprimir al cosmos la indispensable *mahâpralaya*, la extinción absoluta, el regreso a la fuente, que, quizás, es la nada, pero una nada fecunda, de la nuevamente, en un día de Brahmâ, se gestará, una vez más, el universo.

Encuentro una gran similitud espiritual (y estoy hablando, hipotéticamente de poesía erótica, pero el gran erotismo siempre es cuestión del espíritu) entre los momentos más incendiados del *Gîtâgovinda* y los hallazgos humanos íntegros de los poemas de *Canto malabar*. Porque Elsa Cross proviene en línea directa, sin sospechas de hinduismo nuevo, para parangonar su situación con la de los cristianos nuevos de la España recién apartada del semitismo de árabes y judíos, de la pastora Radha, y los cánticos que entona pueden parangonarse con las estancias que escribió Jayadeva.

Elsa Cross plantea, desde *Pasaje de fuego*, la identidad basal de muerte y vida, la correspondencia íntima, irrenunciable, entre las cosas:

*Así he visto los jazmines primeros
abrir*

junto a la rosa.

Identidad paradójica, difícil de percibir para quien no pueda prescindir de la apariencia, toca una nota indeleble para el que verdaderamente sabe oír:

*A su vista no borran límites
de luz y oscuridad
los giros simples de la mente.
Ebria,
conduce su carro de dragones,
su danza al fondo del abismo.
Bebe las pócimas heladas
—y la siguen turbas
poniendo en su boca las palabras.*

Y ella misma, peregrina en la ruta que remata en un dios plural, múltiple, inabarcable, simultáneo, no es sino:

*...la que busca
al dios
y en todas partes mira
sus fragmentos.*

Entonces, la búsqueda, la encuesta, pese a sí misma o, mejor dicho, gracias a sí misma, se transforma en el deleite de la fusión incesante, porque el dios, el múltiple, la *Trimurti*, está en todas partes, *es todo* y el recorrer el mundo es ir conociendo a ese ser pluriforme, tremendo y apacible, airado y lleno de mansedumbre, en que se sacian todos los mortales porque se encuentran y se identifican.

Ese dios, así denominado porque el lenguaje no ha inventado un término más denso, se define a sí mismo, con la serenidad de lo cierto, en un pasaje luminoso de la *Bhagavadgîtâ*:

*aham âtmâ gudakesha
sarvabhûtâshayasthitah
aham adisca madyam ca
bhûtanam anta eva ca.*

(¡Oh tú, del cabello espeso! ¡Yo mismo habito en el corazón de todas las creaturas; soy el principio y el medio de los seres y soy también su final!) (*Bhagavadgîtâ*, X, 20).

Y Elsa Cross, postrada ante ese innumerable ser, que se ofrece, se entrega y nos colma en todas las manifestaciones de la naturaleza, y en todos los recodos de la interioridad, dice:

*Quieto el corazón, tablilla rasa
donde el viento como escriba
va trazando tus huellas.*

Poesía nacida de la soledad radical, porque es la soledad en donde el todo participa, la de Elsa Cross nos comunica, en un lenguaje que ha contemplado esta visión y la ha llenado de espacios vivenciales, de momentos vividos, la gran realidad de la meditación brahmánica: *Tat tvam asi*: Tú eres eso.

Única en la poesía mexicana, pues no encuentro esta hondura y esta genuinidad en otros linderos, la obra de Elsa Cross tiene la virtud del arte mayor: abre el espacio y lo puebla de imágenes que son, si las vemos de cerca, si las sopesamos, etapas de un prodigioso descubrimiento espiritual. Pero, a diferencia de otros hallazgos característicos de nuestra cultura, es un campo fecundo, fértil, que todos hemos arado y donde hemos sembrado, por el simple hecho de existir, la razón de su permanencia que es, que no podría ser, sino el testimonio del hombre, no su justificación, porque este universo no nace de la culpa, sino del gozo en que la muerte desempeña un papel renovador...